

**SEMBLANZA**

**MARGIT FRENK**

por

**Rafael Mondragón Velázquez**

**Universidad Nacional Autónoma de México**

*Investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM y colaborador regular en círculos de lectura y experiencias de educación popular. Sus últimos libros son Libros de gestos. Poética del pensar en las biografías de América Latina (2023), El largo instante del incendio. Ensayo biográfico sobre José Vasconcelos (2023) y Un arte radical de la lectura. Constelaciones de la filología latinoamericana (2019).*

Contacto: [mondragon.rafael@gmail.com](mailto:mondragon.rafael@gmail.com)

ORCID: [0000-0003-0260-4476](https://orcid.org/0000-0003-0260-4476)

DOI: [10.5281/zenodo.10144460](https://doi.org/10.5281/zenodo.10144460)

Margit Frenk nació en 1925 y llegó con su familia a México en 1930, justo antes del inicio de la persecución hacia los judíos en su Hamburgo natal. Su padre, Ernesto Frenk, era médico, y había pasado por un escándalo que le impidió seguir ejerciendo su oficio. Su madre, Mariana Frenk, era escritora y traductora. Un día, por casualidad, Mariana conoció a una mexicana en una librería en Alemania y se pusieron a platicar. Ella le dijo que México era un lugar en donde Ernesto podría ejercer su profesión de inmediato. Así se mudaron aquí. Él no hablaba español y tardó en adaptarse a la vida del país. Ella, por el contrario, hizo abundantes lazos con el mundo intelectual del país, se hizo cargo de algunas de las traducciones más importantes del Fondo de Cultura Económica y fue responsable de la difusión de la obra de Juan Rulfo en alemán. Después de la muerte de Ernesto, Mariana contrajo matrimonio con Paul Westheim, crítico judío de arte que estuvo en el centro del nacimiento del movimiento expresionista alemán y que en México publicó estudios pioneros que llevaron a la revalorización del arte prehispánico, los grabados de José Guadalupe Posada y la gráfica popular.

Los padres de Margit eran judíos socialistas de vocación democrática, y legaron a la niña un compromiso por el pueblo, sus problemáticas y sus manifestaciones culturales, y una confianza en sus capacidades de reflexión, apropiación y creación. Margit y su hermano Silvestre entraron a estudiar al Colegio Alemán. Se quedaron allí hasta el día en que encontraron una esvástica en la entrada: México se nazificaba velozmente. Para protegerlos, Margit y Silvestre fueron transferidos a una primaria pública, la Alfredo J. Correa, cerca de la Fuente de las Cibeles. Después Margit entró al bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria ubicada en el Colegio de San Ildefonso, y todavía más tarde, a Letras en el edificio de Mascarones de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde asistió como oyente a los cursos de Eduardo Nicol. Originalmente a Margit le interesaba más la filosofía y la psicología, pero terminó decantándose por Letras por la necesidad de apoyar económicamente a su familia: las clases de español se impartían obligatoriamente en la enseñanza media de todo el país, y ella tenía la esperanza de conseguir una plaza como profesora. Mientras estudiaba, Margit ayudó a su familia dando clases de español a refugiados de izquierda, entre ellos Otto y Alice Rühle, que se volvieron sus amigos. La misma Margit reconstruyó aquella época muchos años después en la introducción que

preparó a *Aforismos, cuentos y otras aventuras* (2013), edición crítica preparada junto a Esther Janowitz que reúne la totalidad de textos literarios de su madre, Mariana Frenk-Westheim.

En la carrera de Letras, Margit integró la misma generación de brillantes estudiantes entre los que se contaba a Ernesto Cardenal, Augusto Monterroso, Rosario Castellanos y Ernesto Mejía Sánchez. Todos ellos eran migrantes (de regiones de la provincia de México, como Castellanos, o de Centroamérica, como Cardenal, Monterroso y Mejía Sánchez): los jóvenes de la capital con ambiciones literarias no estudiaban Letras, sino Derecho, y de hecho en la época existía un cierto desdén hacia los estudiantes de Letras entre los jóvenes escritores de la capital. Margit recordaba la carrera de Letras como una etapa decepcionante, pero hubo un profesor que sí la marco: se trató del poeta catalán Josep Carner, también exiliado, a quien recordaba sentado y cerrando los ojos para hablar, como si estuviera solo, sobre la gran poesía del Romanticismo alemán. Tanto en la Escuela Nacional Preparatoria como en Mascarones, Margit también tuvo contacto cercano con Julio Torri, Antonio Castro Leal y Julio Jiménez Rueda. En el seminario del primero de ellos presentó los avances de lo que sería *La lírica popular en los Siglos de Oro*, tesis pionera de 1946 en que, casi sin ayuda, encontró el tema al que se dedicaría el resto de su vida.

En 1946, Margit consiguió una beca para estudiar en el Bryn Mawr College, un colegio de mujeres cerca de Filadelfia. Desde los 14 años había comenzado a aprender canciones populares por gusto, que tocaba acompañada de la guitarra. Hasta sus últimos años recordaba una canción que le había enseñado una amiga finlandesa del Bryn Mawr, cuya letra recordaba gracias a sus patrones rítmicos. Después se fue a la Universidad de Berkeley, donde conoció a su gran maestro, el exiliado José F. Montesinos, quien la introdujo en el arte de la lectura cuidadosa. En 1949, tras obtener en Berkeley el título de Master of Arts, regresó a México para integrarse como investigadora y laborar junto a los primeros becarios de El Colegio de México, institución creada a partir del proyecto de Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes para dar acogida a los republicanos españoles exiliados. En 1945, la crisis universitaria argentina desencadenada por el gobierno peronista llevó a Reyes a acelerar la decisión de crear en El Colegio un Centro de Estudios Filológicos (CEF) donde se pudiera recibir a los filólogos argentinos necesitados de trabajo. Inicialmente se había pensado en Pedro Henríquez Ureña para dirigir este centro, pero la súbita muerte del dominicano

imposibilitó el proyecto. Después se pensó en Amado Alonso, a quien se le propuso trasladar a El Colegio las tareas y la revista del Instituto de Filología de Buenos Aires. Como Alonso ya había encontrado refugio en Harvard, éste propuso a su colaborador más cercano en el Instituto de Filología, Raimundo Lida, quien llegó a México a mediados de 1947 y comenzó la planeación de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* (NRFH), sucesora de la *Revista de Filología Hispánica* dirigida en Argentina por Alonso.

A partir de 1948, el Centro de Estudios Filológicos comenzó a recibir becarios que se formarían como críticos literarios tomando cursos básicos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y cursos especializados en El Colegio de México. Margit se integró a ese equipo de becarios cuando regresó a México en 1949: allí se reencontró con Ernesto Mejía Sánchez y conoció a José Durand y a Antonio Alatorre, quien trabajaba estrechamente con Cosío Villegas desde la fundación del Fondo de Cultura Económica, y que desde 1947 se había vuelto discípulo de Lida.

Margit y los doce becarios cumplieron un ciclo formativo de tres años, sin exámenes, tesis o títulos profesionales, en una convivencia estrecha y cordial que alternaba el trabajo en la revista con la presentación de avances de investigación en seminario y la toma de cursos con profesores invitados, todo ello con el presupuesto mínimo que la Fundación Rockefeller otorgaría durante tres años para conseguir el traslado de Lida y el sostenimiento del CEF. Los recuerdos de los entonces becarios coinciden en que los cursos que recibían no eran los que más hubieran querido tomar, sino los que se lograba contratar con aquel presupuesto magro. De todas maneras, Margit recordaba la profunda impresión que le dejó el curso de latín de Agustín Millares Carlo, quien les compartió los avances de su gran edición de los *Tratados* de Bartolomé de las Casas. Dentro de aquellos cursos también destacó el magno seminario de Raimundo Lida, quien “en ‘un solo curso’ dado a lo largo de tres años abarcó temas que van desde la fonética y la fonología, gramática histórica (morfología y sintaxis), de lingüística general, de filosofía del lenguaje, hasta el pensamiento de Platón, sobre mester de clerecía y mester de juglaría, de Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, etc.”, según los recuerdos de Antonio Alatorre recogidos por Clara Lida y José Antonio Matesanz.

Margit y Antonio se enamoraron, se casaron y tuvieron tres hijos. Tras el final del ciclo formativo de tres años, fueron las únicas personas del grupo original que continuaron ligadas a El Colegio de México, y desarrollaron allí sus investigaciones a pesar de las condiciones económicas cada vez más

estrechas, que obligaron a suspender la impartición de cursos a partir de 1951. Margit y Antonio se sostuvieron gracias a su actividad como profesores, traductores y correctores. Entre los libros traducidos por Margit están *Cervantes y Avellaneda* (1951) y *La Celestina: arte y estructura* (1974) de Stephen Gilman, *El gusto literario* (1950) de L. Levin Schücking y *La poesía* (1951) de Johannes Pfeiffer, con una traducción que es, más bien, reinención del libro, pues ella añade en corchetes ejemplos y explicaciones que reconstruyen el análisis de Pfeiffer a partir de ejemplos de la poesía en lengua española. Además colaboró con Antonio en la traducción de *El lenguaje* (1958) de Edward Sapir, *Consecuencias de la expansión europea para los pueblos de Ultramar* (1966) de Rüdiger Schott, y el monumental *Literatura europea y Edad media latina* (1955) de E. R. Curtius: Margit tradujo el texto de Curtius del alemán, mientras que Antonio hizo un cuidadoso trabajo con las cientos de citas de poesía griega y latina, traduciendo directamente de ellas con una variedad de métodos dependiendo del tipo de comentario hecho por Curtius, o eligiendo para cada texto las mejores traducciones intentadas en lengua española desde el siglo XVI hasta el presente, con lo que el libro puede leerse como una antología de los traductores de poesía clásica en lengua española.

En noviembre de 1950, Margit y Antonio se fueron a Europa para continuar su formación con el apoyo de una beca ofrecida por El Colegio. Vivieron en París y Madrid entre 1951 y 1952, y en la primera de estas ciudades tuvieron la oportunidad de tomar clases en el Collège de France con Marcel Bataillon y Fernand Braudel. La estancia en Madrid le permitió a Margit trabar amistad cercana con el bibliófilo Antonio Rodríguez-Moñino e iniciar el trabajo de archivo que la llevaría a recuperar los innumerables pliegos sueltos que darían origen, décadas después, al monumental *Corpus de la antigua lírica popular hispánica* (1987), reeditado en 2003 como *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica*. Al reunir y organizar por primera vez la mayoría de los testimonios poéticos de la lírica popular de la Edad Media y el Renacimiento, Margit permitió la emergencia de un continente desconocido, con coherencia propia, dotado de una temática y de un conjunto de dinámicas particulares. La emergencia de este continente también permitió observar la permanencia de las dinámicas de creación popular a lo largo de los siglos en España, América Latina y los países que recibieron a migrantes de lengua española.

Margit fue enfática desde el principio en que prefería hablar de antigua lírica “hispánica” y no “española” porque ella le pertenecía a valencianos,

portugueses, gallegos y catalanes lo mismo que a castellanos, y que hablaba de lírica “popular” y no “tradicional” (a pesar de las recomendaciones de Menéndez Pidal) porque le parecía fundamental expresar que dicha poesía había surgido y se había desarrollado entre el pueblo. En las reflexiones teóricas y metodológicas escritas por Margit a lo largo de su carrera, parcialmente recogidas en su prólogo a los *Estudios sobre lírica medieval* (2014) de Ramón Menéndez Pidal, Margit hace explícita las razones que la llevaron a tomar estas decisiones, y aprovecha para mostrar sus desacuerdos con el método de investigación del maestro, que se vinculan en parte con el nacionalismo metodológico que convirtió al hispanismo en una máquina de producción de textos que justificaban el papel rector de Castilla sobre las culturas de España e Hispanoamérica.

Margit y Antonio se vieron obligados a volver a México hacia agosto de 1952, cuando recibieron una carta de Lida en que les informaba que era urgente su regreso, pues él iba a dejar El Colegio para tomar el puesto que el recientemente fallecido Amado Alonso había dejado en la Universidad de Harvard. Antonio tomó la coordinación de la NRFH y del CEF. A mediados de 1958 se presentó la oportunidad de volver a establecer cursos regulares y becas para estudiantes. Margit se encargó de dar el seminario de investigación en literatura, único de los tres cursos abiertos en aquella ocasión que despertó auténtica pasión entre los estudiantes. Propuso que el tema del seminario fuera investigar la lírica popular que se cantaba actualmente en México. Los alumnos de Margit dieron pie a un grupo de investigación. Entre las personas formadas en aquel grupo estuvieron la estudiosa del romancero Mercedes Díaz Roig y María Teresa Miaja de la Peña, investigadora de la obra de Reinaldo Arenas, recopiladora de adivinanzas y acertijos y coautora, junto a Díaz Roig, de la antología de lírica infantil mexicana *Naranja dulce, limón partido*.

En las siguientes décadas, los participantes de este grupo viajaron por el país recogiendo coplas y conversando con la gente, e integraron un proyecto único en su tipo en América Latina por la profundidad de su experiencia de campo, la radicalidad en asumir la autoría colectiva, la amplitud en el tipo de fuentes consultadas y la rigurosidad en el recogimiento de variantes. Como fruto de esta experiencia colectiva aparecieron, entre 1975 y 1985, los cinco volúmenes del *Cancionero folklórico de México*, cuyo mayor honor es, hasta hoy, el cariño con que sigue siendo utilizado por los músicos e improvisadores de pueblos de todo el país.

Margit Frenk participó en el Movimiento del 68 junto a Lorenzo Meyer, Sergio Aguayo, Julio Boltvinik y otros profesores y estudiantes de El Colegio. Fue parte de la asamblea que votó ir a huelga el 19 de agosto de ese año, y junto a sus compañeros presionó infructuosamente para obligar a la institución a manifestar su apoyo a las demandas del movimiento. Como resultado de este compromiso, El Colegio sufrió un ataque con ametralladora el 20 de septiembre del mismo año y los miembros del movimiento comenzaron a sufrir presiones por parte de Víctor Urquidí, director de la institución. Dichas presiones no lograron amedrentar a Margit, y la participación de ella y sus amigos en el Movimiento del 68 radicalizó las opciones vitales y políticas de todos ellos, y motivó la elección de sus temas de investigación durante el resto de sus vidas. De la misma época es la participación de Margit en el grupo de intelectuales que ayudaron a Arnaldo Orfila tras su salida forzosa del Fondo de Cultura Económica. Dicho grupo propuso a Orfila la creación de una editorial sostenida colectivamente. La editorial tomó el nombre de Siglo XXI y fue fundada el 18 de noviembre de 1965.

También fue en aquella época cuando Margit comenzó a trabajar como profesora de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM: entre 1966 y 1980, y entre 1986 y 1995, Margit asistió a las aulas de la universidad de masas más importante del país para ofrecer sus clases a jóvenes de los más variados estratos sociales. Ese trabajo invisible fue fundamental en el despertar de innumerables vocaciones. Allí la encontraron jóvenes como Raúl Eduardo González, cuya tesis de licenciatura *La seguidilla folclórica de México* se convertiría en un importante libro y el inicio de un proyecto de acompañamiento entre los músicos populares del país, y Mariana Maser, cuya tesis *La voz femenina en la antigua lírica popular hispánica* sería el primer borrador de su libro *“Que non dormiré sola, non”*. *La voz femenina en la lírica popular hispánica* y daría pie a una fructífera carrera en la investigación de la lírica popular. Junto a Alan Deyermond, Mariana fundó en 1996 el congreso Lyra Mínima, fuente de un movimiento mundial en el estudio de las formas breves de la lírica popular. Mariana además fundó el Laboratorio de Culturas e Impresos Populares Iberoamericanos, espacio dedicado al estudio multidisciplinario de los discursos impresos en formatos de gran difusión y a las manifestaciones asociadas con ellos (sonoridad, memoria, gestos, corporalidad, devociones, expresiones musicales, etc.). Dicho

laboratorio alberga el repositorio digital de impresos populares más importante de América Latina.

En los años en que era profesora de Filosofía y Letras, Margit escribió su primer ensayo largo sobre las características de la tradición popular de la Edad Media y el Renacimiento. El ensayo se llamó *Entre folklore y literatura*, y aunque se escribiera en 1963 se entregó a la imprenta apenas en 1970 y fue publicado hasta 1972. El ensayo de Margit defendió de forma pionera la autenticidad folklórica de los cantares resguardados de forma impresa, mostró la importancia de la temática amorosa y de la voz femenina, recogió las intuiciones de Pedro Henríquez Ureña sobre la versificación rítmica y desplegó el rico universo simbólico que daba a dicha poesía características diferenciadas respecto de la poesía letrada de la época. El compañero de este ensayo fue la antología *Lírica hispánica de tipo popular*, publicada por la UNAM en 1966 y reimpressa abundantemente por Editorial Cátedra, editorial que le dio al libro un título más nacionalista (*Lírica española de tipo popular*) y supo aprovechar que el libro de Margit fuera adoptado como lectura básica en las escuelas secundarias de toda España. Margit siguió trabajando a lo largo de toda su vida en este tema, quizá el más querido por ella, y reunió sus ensayos más importantes sobre el mismo en el volumen *Poesía popular hispánica: 44 estudios* (2006).

En 1963 el CEF se reorganizó como Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL). Se le otorgó presupuesto y se le encargó la organización del que se volvería el primer programa de doctorado de El Colegio. Margit decidió entrar al doctorado como estudiante. Obtuvo el título de doctora en 1972 con una tesis publicada en formato de libro en 1975 con el título *Las jarchas mozárabes y los comienzos de la lírica románica*. Este libro no sólo se convirtió en parteaguas, siendo hasta hoy uno de los estudios fundamentales sobre el tema, sino que también posicionó definitivamente una comprensión de los orígenes de la poesía románica como un fenómeno intrínsecamente multilingüe y transcultural.

En el año de obtención de su grado, Margit finalmente asumió el cargo de coordinadora del CELL (1972-1978), ayudando decisivamente a la consolidación de su programa de doctorado. Desde 1970 Margit había comenzado en El Colegio de México uno de los primeros círculos de lectura de teoría literaria que hubo en medios académicos del país, y las labores de dicho grupo fueron fundamentales para que el conservador medio académico mexicano se enfrentara a su miedo a la teoría y al pensamiento filosófico. Así



dio inicio a la apertura de la filología mexicana a las aportaciones de la narratología, la semiótica y el pensamiento francés, que hasta entonces sólo se estudiaba en círculos de creadores inquietos.

Durante esa misma época Margit fue parte del equipo que escribió la generación de 1972 de los libros de texto gratuitos de las materias de Español que se usaron en la enseñanza básica de todo el país. Las selecciones de poesía hechas por Margit y el resto de ese equipo han pasado la prueba del tiempo, y fueron reutilizadas en generaciones sucesivas de libros de texto hacia fechas muy recientes. Ellas combinan la poesía del Siglo de Oro con literatura entonces muy reciente de México y América Latina, así como con coplas y adivinanzas de distintos lugares del país, y acompañan dichos textos con ejercicios divertidos e interesantes.

Margit y Antonio se divorciaron en 1975, después de que éste asumiera su identidad homosexual. Tras esta experiencia ella decidió irse de México por un tiempo: dejó El Colegio de México en 1980 y aceptó un puesto como profesora en la Universidad de California, en San Diego, donde siguió preparando su *Corpus*, avanzó en una investigación sobre la literatura novohispana que había iniciado en 1978 y cultivó una estrecha relación con Michel de Certeau. Fruto de su indagación en la literatura novohispana fue su edición crítica de las *Comedias* de Juan Ruiz de Alarcón, a petición de Ángel Rama, que se publicó en 1983 en la Biblioteca Ayacucho con un extenso estudio preliminar que desmonta sistemáticamente las interpretaciones nacionalistas intentadas por Castro Leal y Jiménez Rueda para afirmar la “mexicanidad” del dramaturgo novohispano.

En 1980, año de su salida del país, leyó en voz alta el primer resultado de una investigación que la ocuparía diecisiete años más: el de la historia de la lectura en la época de Cervantes. Margit tenía la intuición de que dicho tema era fundamental si quería comprenderse la manera en que el “vulgo”, siempre tan despreciado, se había vuelto capaz de apropiarse de los legados textuales letrados, con sus referencias mitológicas, sus conceptos y figuras retóricas. Los trabajos elaborados por ella sobre este tema dieron origen a *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes* de 1997, ensayo literario que sienta las bases para una lectura del Renacimiento y el Barroco en clave plebeya. El libro recoge y reelabora los textos más importantes elaborados por Margit sobre este tema y nació a partir de una sugerencia de Enrique Flores y Carlos Monsiváis.

Margit no quiso estar fuera de México por mucho tiempo y aceptó la invitación de regresar al país para dirigir, a partir de 1985, el recientemente creado Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Allí insistió en la organización del primer seminario interno para que los investigadores discutieran su trabajo y fundó la *Revista de Literatura Mexicana*, que dirigió de 1990 a 1995. Esa primera época de esta revista ha sido historiada por Edith Negrín, y se distinguió por la creatividad con que combinaba la investigación académica con la participación de artistas, ensayistas y pensadores, la experimentación teórica y de formas de escritura, el acento en la dimensión política de los textos y el deseo de abrir la filología mexicana a los experimentos más interesantes del pensamiento mundial, sobre todo en relación a las corrientes traídas por los críticos rioplatenses que habían llegado exiliados a México. Margit fue una de las pocas personas del medio filológico mexicano que recibió con alegría las aportaciones de dichos críticos, que establecieron importantes centros de reflexión intelectual en Puebla y Xalapa, pero enfrentaron el desdén generalizado de buena parte de la crítica académica, no así del pensamiento de los jóvenes de izquierda que elaboraban su obra en suplementos literarios. En las páginas de la *Revista de Literatura Mexicana* dirigida por Margit se publicaron textos pioneros de Martin Lienhard, Jorge Ruffinelli, Carlos Monsiváis, Hugo J. Verani, Graziella Pogolotti, Linda Egan, Edith Negrín, Noé Jitrik, Efraín Kristal, Liliana Weinberg, Evodio Escalante, Mercedes Díaz Roig, Guillermo Sheridan, Fabienne Bradu, Tatiana Bubnova, Enrique Flores y Aralia López González, entre muchos otros. De esta época es su edición crítica de los *Villancicos, romances, ensaladas y otras canciones devotas* (1989) de Fernán González de Eslava, con la que Margit continuó su indagación sobre la literatura novohispana.

En 1993 Margit ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua (AML). Su discurso de ingreso, *Charla de pájaros o las aves en la poesía folklórica mexicana* (1994), es un homenaje a *Las aves en la poesía castellana*, discurso de ingreso del crítico y poeta homosexual Salvador Novo a la misma institución. La llegada de Margit a la AML ocupa un lugar importante en la historia de la apertura de esa institución a las aportaciones de las mujeres, al reconocimiento de la diversidad cultural del país y a la valoración de las literaturas y culturas no hegemónicas, aspectos en los que fue precedida por las aportaciones de académicos como Carlos Montemayor, y seguida por las de Margo Glantz,

Patrick Johansson, Natalio Hernández, Eduardo Matos Moctezuma, Juan Gregorio Regino y Fernando Nava, entre otros.

Tras su salida del Instituto de Investigaciones Filológicas, Margit ingresó como profesora de tiempo completo en el Posgrado en Letras de la Facultad de Filosofía y Letras. Allí sostuvo hasta 2018 un seminario permanente al que asistían lo mismo estudiantes de posgrado que jóvenes autodidactas, creadores escénicos, músicos, amas de casa e investigadores consagrados, se entendía sobre todo como un espacio para la lectura en voz alta y el comentario compartido de las experiencias de lectura, y que a lo largo de las siguientes décadas pasaría por el comentario de la lírica popular de la Edad Media y el Renacimiento, el teatro del Siglo de Oro y las *Novelas ejemplares* de Cervantes, antes de convertirse definitivamente en un espacio para la lectura en voz alta de las dos partes del *Quijote*. Fruto de sus reflexiones en dicho espacio fue la publicación de sus *Cuatro ensayos sobre el Quijote* (2014), reeditado en versión ampliada en el volumen *Don Quijote ¿muere cuerdo? Y otras cuestiones cervantinas* (2015). Aquella fue la época en que donde yo la descubrí: comencé a asistir como oyente a su seminario en 2006 y conocí a personas que la acompañaban desde hacía años. Y me volví una de ellas.

Además de ser una extraordinaria investigadora, Margit ha sido una profesora fuera de lo común por su generosidad, su sentido del humor y su capacidad de escucha. Las personas que hemos pasado como oyentes por sus cursos somos innumerables. Todos hemos aprendido de su humildad en el momento de escuchar, de su capacidad de reconocer el valor de la palabra ajena y de su ironía antiolemne y antiautoritaria. Con el mismo desparpajo, muchos la hemos acompañado a tomar clases como oyente con amigos y colegas, y aún recuerdo su alegría cuando, casi con noventa años, se puso a leer por primera vez a Proust, Lacan y Dostoievsky. Tenía esa forma de elevar a los demás concediendo su atención y respeto y obligando a que cada quien tomara en serio sus intuiciones: recuerdo cómo, siendo aún adolescente, comencé a dar clases en la sala de mi casa porque estaba desempleado y necesitábamos dinero. Siguiendo el consejo de Margit, preparé un curso sobre un tema que me gustaba mucho: la poética de la Biblia judía. Ella fue la primera persona en inscribirse. Después de leer el programa, me dijo que no podía creer que había pasado toda su vida sin haber aprendido de ese tema. Por aquellos entonces su maculopatía había avanzado y tenía problemas para leer, así que transcribí pacientemente cada pasaje del Tanaj para que ella pudiera preparar sus clases. Siempre fue mi alumna más

entusiasta. Así me obligó a tomar en serio mi vocación docente. El regalo de su presencia cambió mi vida y me comprometió a escuchar a mis alumnos con el mismo cuidado con que yo había sido escuchado.

También recuerdo cómo en aquellas épocas pedía que los trabajos finales de sus estudiantes se entregaran en dos juegos y con letra enorme para que yo se los leyera en voz alta mientras ella trataba de seguir mi lectura con su ejemplar. Con ella aprendí que un trabajo estudiantil debe leerse con el mismo cuidado que un poema del Siglo de Oro, y aprendí el cuidado y la lentitud necesarios para honrar el mundo que nace en una buena elección léxica, una cadencia sonora o un signo de puntuación. Pasamos largas tardes leyendo una frase y descansando para comentar en voz alta lo que allí se había dicho, en un ejercicio que luego era repetido con cada uno de los autores de esos trabajos. Las promesas de cada texto debían ser honradas y valoradas, sin importar si su autor era un oyente, un autodidacta curioso, un estudiante de posgrado o un investigador. Era el mismo respeto y la misma exigencia que, en sus trabajos académicos, Margit había puesto en el “pueblo” como sujeto político y constructor de literatura. De esa misma manera leímos cada día el periódico, comentamos programas de radio y manifiestos de organizaciones de derechos humanos y recogimos cosas escuchadas en la calle durante marchas y manifestaciones. Para mí, ésa era la forma en que Margit entendía el socialismo y la izquierda. Ella rehuía palabras gigantescas como ésas y prefería decir que, simplemente, confiaba en las capacidades de la gente.

Margit ha tenido la vocación de acompañar a innumerables jóvenes en el descubrimiento de su talento. Ésa es la razón por la que esta semblanza es también una biografía colectiva: su obra invisible está dispersa en las conversaciones, proyectos y espacios en que ayudó a que personas disímiles comenzaran a escuchar su propia voz. En 2001, rodeada de un grupo de jóvenes, lanzó el proyecto de la *Revista de Literaturas Populares*, que se sostuvo 20 años y publicó un total de 37 números. Entre sus impulsores estuvieron Martha Bremauntz, Cecilia López Ridaura, Claudia Carranza, Santiago Cortés, Berenice Granados, Leonor Fernández Guillermo, José Manuel Mateo, Edith Negrín, Valentina Quaresma, Araceli Campos, Magdalena Altamirano, Félix Lerma, Rosa Virginia Sánchez, Elizabeth Corral Peña, María Teresa Miaja de la Peña, Enrique Flores, Raúl Eduardo González y Mariana Masera. Esos “jóvenes” hoy están entre los 30 y los 80 años. Para ella, eran todos jóvenes (recuerdo cómo me dijo, en una conversación de esa

época, que “Fulana de Tal” no tenía motivos de estar triste, estaba en la flor de su juventud, ¡tenía apenas 70 años!... Podía hacer de su vida lo que quisiera).

Como había ocurrido antes en todas las revistas en las que se involucró Margit, la *Revista de Literaturas Populares* se caracterizó por la vastedad de sus intereses, por su inquietud teórica y metodológica y por el deseo de combinar textos académicos con obras ensayísticas y el rescate y edición crítica de obras. La *Revista de Literaturas Populares* se convirtió en una ventana privilegiada para la apertura de la filología a la investigación antropológica, el diálogo con creadores en espacios orales, el trabajo con las múltiples lenguas y expresiones culturales de México y la puesta en diálogo entre los saberes letrados, los medios masivos y la cultura popular. En ella emergió una nueva generación de críticos que ha sabido combinar la investigación con la creación, la edición de libros objeto y el trabajo en comunidad; que asume su oficio con una vocación abiertamente intercultural y que llevó a la creación de espacios únicos en México como la Escuela Nacional de Estudios Superiores de Morelia, su Licenciatura en Literatura Intercultural y su Laboratorio Nacional de Materiales Orales, sedes todas ellas del encuentro cotidiano entre filólogos, raperos, repentistas, contadores de historias y artistas del performance. El grupo que sostiene estos espacios ha impulsado la creación del Premio Margit Frenk, dedicado a reconocer las investigaciones sobre tradiciones poéticas y formas mínimas de la lírica popular.

En 2022, gracias a los esfuerzos de un conjunto de amigos y amigas, la Academia Mexicana de la Lengua publicó un último libro, en el que Margit trabajaba desde hacía más de 20 años. Margit habría querido seguir revisándolo, pero lo que se publicó tiene un enorme valor. Se trata de su edición crítica del *Cancionero poético* de Gaspar Fernández (1566-1629), maestro de capilla en las Catedrales de Puebla y Guatemala. El volumen ofrece una ventana única al mundo de la poesía americana del siglo XVII y es la realización de un anhelo que su autora compartió con muchos compañeros de ruta (entre ellos, el músico Aurelio Tello, quien publicó una edición parcial de las partituras del cancionero, y el historiador guatemalteco Omar Morales Abril, con quien en algún momento soñó con realizar la edición de este libro). La cuidadosa identificación de las fuentes poéticas del cancionero permitió que Margit mostrara el grado de conocimiento que los músicos novohispanos tenían de la poesía más moderna de España. Su cuidadosa lectura de los poemas musicalizados permitió que ella

reconstruyera una poética de la fiesta, en búsqueda constante de lo nuevo y lo sorprendente, formas métricas que privilegian la teatralidad (a partir de la construcción de personajes y el uso de diálogos y preguntas), referentes que cruzan lenguas y culturas y un diálogo constante con la tradición popular.

El tratamiento de los poemas es una declaratoria de las posibilidades de una edición crítica: reconstruye textos dañados en el manuscrito, confronta variantes entre las versiones de los poemas en el *Cancionero* y las recogidas en otros manuscritos, aclara el léxico, identifica correspondencias y analogías y recoge ediciones e interpretaciones musicales modernas. El libro va acompañado de una discografía y es un testimonio de las muchas formas en que puede ejercitarse la lectura cuidadosa. Su manera de entender la literatura privilegia el diálogo intercultural; su manera de leer pone el acento constantemente en la mezcla entre lo culto y lo popular, pero también en la capacidad de apropiación de los legados letrados por parte de sujetos en situación periférica. Al tiempo, es un libro con sugerentes intuiciones sobre el inicio de la poesía novomundana y un recordatorio de que los mejores frutos del espíritu humano tardan décadas en madurar: para alcanzar su mejor forma, deben ser cuidados a lo largo de los años, alimentados por el encuentro cotidiano con estudiantes, colegas y amigos, y por ello requieren paciencia y fidelidad.

Esa manera de confiar en los demás y unx mismo es la parte más difícil de explicar del legado de Margit Frenk, pero es la que yo estimo como más importante. Aún hoy, décadas después, regreso cada día a mis recuerdos para tratar de imitar ese gesto que da sentido a las prácticas de la lectura y la escucha que usualmente relacionamos con la filología, pero que también participan del misterio de lo vivo.